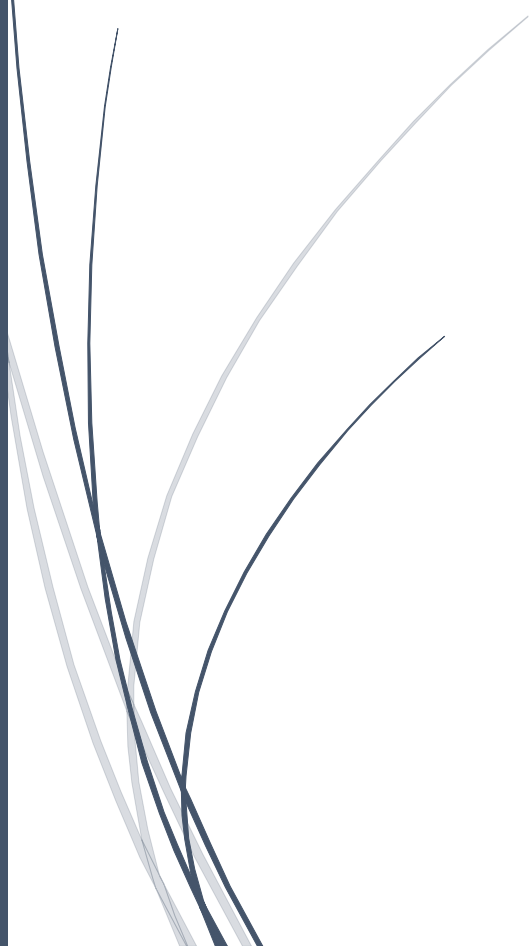


PARTICIPANTE: RELATO
FLAMENCO 2

TÍTULO: Entre dos aguas

SEUDÓNIMO: S. Jiménez

CATEGORÍA: Relatos flamencos



ENTRE DOS AGUAS

S. Jiménez

A las siete en punto de la mañana Candela ya tiene el desayuno dispuesto en la mesa. Se toma un café solo bien caliente antes de ir a las habitaciones a despertar a las niñas. Le gusta disfrutar de ese ratito de calma antes de que la casa se llene de voces.

Primero despierta a María y a Alba, las mayores, que comparten cuarto y la lucha diaria por la ropa y el espejo, que las retrasaba sin remedio.

—Niñas, a levantarse ya. Y ligeritas, que si no llegáis tarde —dice asomando la cabeza por la puerta.

Como respuesta recibe una serie de quejas que ignora. Están en esa edad en la que todo les molesta.

De ahí se va al dormitorio de las pequeñas, donde sabe que será bien recibida.

Lucía y Estrella duermen a pierna suelta. Cada noche su madre les apaga la luz temprano para que descansasen, pero ellas se esconden bajo las sábanas y no paran de contarse historias y sueños hasta que el cansancio las atrapa. Candela lo sabe, pero no les dice nada.

Duermen con las camas pegadas. Se mete dentro con ellas y las besa y abraza hasta que se despiertan del todo. Después les hace unas cosquillas y les ayuda a vestirse.

Para cuando se sientan a la mesa ya ha pasado media hora y el tiempo les apremia. Aunque Candela les pide que bajen la voz, el jaleo entre pan, aceite y galletas va aumentando. Miguel está acostado, y no quiere que le despierten.

—¡Ay, estas niñas! ¡Mira que hacen bulla! —dice Miguel desde la puerta de la cocina.

Al escucharlo, las pequeñas se ríen y corren a abrazar a su padre. Mientras tanto, las mayores terminan de recoger.

Estrella se come a besos a Miguel. Desde que volvió se ha convertido en su sombra. Siente verdadera devoción por él.

—Papi, luego por la tarde estarás en casa, ¿verdad? —pregunta fijando en él sus ojos vivarachos.

—Claro que sí. La tarde la paso yo con la estrella más reluciente del firmamento.

Su niña de ocho años lo tiene embelesado con su energía y su luz.

Las mayores ayudan a las pequeñas con las mochilas y se las llevan al colegio.

Estampida y silencio.

Candela se acerca y lo abraza.

—Les he dicho que no hablen tan alto, pero no hay manera, chiquillo. ¿Has descansado algo?

—Algo sí, ya me iré acostumbrando.

Miguel hace una semana que ha vuelto de una gira por Latino América. Dos meses fuera de casa, cuarenta conciertos. El gran Paquito Marchena a la voz y Miguel Peña a la guitarra. Mucha furgoneta y despertar cada día en un hotel distinto. Adaptarse de nuevo al ritmo hogareño le va a llevar un tiempo. Está contento de estar de nuevo con la familia, pero se da cuenta de que la casa se maneja sin él. Y es lógico.

—¿Quieres que te prepare el desayuno? —ofrece Candela con amabilidad.

—Ponme un café, por favor. Ahora tan temprano no quiero nada más.

Se sienta a la mesa y deja que su mujer se lo sirva. Tras el tiempo fuera, están reconociéndose.

Candela se pone otro café y se sienta con él.

—¿Cómo van los preparativos? —pregunta Miguel.

—Van muy bien pero la Rosarito está de los nervios.

—Eso es normal. Yo también lo estaba cuando me casé contigo —dice Miguel.

Se cogen de la mano y se sonríen. Qué lejos quedaba aquello.

Continúan en tranquila charla hasta acabarse los cafés. Después, Miguel da un beso a Candela, se levanta y se va al estudio, como ellos lo llaman. En realidad, es un cuarto que él mismo ha acondicionado para poder tocar tranquilo. Allí guarda sus guitarras. Cuando no está de gira, ensaya todos los días. Se puede tener mucho arte, pero como no lo trabaja se escurre entre los dedos.

Echa de menos su vieja guitarra, así que la coge para volver a escucharla. Está algo desafinada y juraría que tiene una pequeña marca en el mástil que antes no tenía. “Serán cosas mías”, piensa, “la edad no perdona”.

Candela termina de recoger y se prepara para salir. Ha quedado con sus hermanas y la prima Rosarito para rematar los detalles de la boda. Mañana es el gran día.

Por la tarde la casa vuelve a ser un ir y venir de niñas. Estrella no se retira de su padre y están juntos en la cocina.

—Ahora toca por alegrías, papi, que es lo que más me gusta.

—¿Pero no te gustaban los tangos?

—Eso era antes.

—¿Antes de qué, canija? —pregunta mientras sonríe.

—Bueno, me siguen gustando. Y las bulerías, la soleá, el fandango...Me gustan todos. Pero ahora me apetece escuchar una alegría —insiste.

Y Miguel Peña se arranca con la petición de su hija pequeña. No puede resistirse. Desde chica se sienta cerca y le escucha tocar. Se mueve al compás y también tararea las melodías. Le recuerda mucho a él, que desde bien niño no se perdía una sola nota que saliese de la guitarra de su padre.

Candela se acerca y empieza a cantar por alegrías al son de la guitarra. Estrella deja que su emoción la embargue llevando las palmas. En cuanto escucha la jarana, Lucía apaga la tele y corre a la cocina a mover los brazos y las piernas como sólo ella sabe hacerlo. En ese momento se olvidan las ausencias y la música les ofrece un punto de reencuentro. Los lazos familiares se unen al ritmo de las cuerdas.

María y Alba llegan para la hora de cenar. Están muy alteradas con la boda y no paran de hablar sobre vestidos, peinados y maquillaje.

—Me vais a volver loco. Mañana temprano me voy de aquí, que si no, voy a acabar yo también con unos tacones —suelta Miguel, chistoso.

Todas se ríen.

—Es lo que tiene no saber hacer niños, papá —dice María con cariño.

—Todavía estoy a tiempo. Igual mañana con el jaleo de la boda tu madre se anima y lo encargamos.

—¡No, no, no! ¡Eso ni mentarlo! Yo no quiero más niños —sentencia Candela.

Miguel le da un beso.

—Si estoy de broma, mujer. Para qué quiero yo un niño con las niñas tan apañadas que tenemos.

—¡Las mejores! —grita Estrella.

Y al escucharla, todos la miran y se ríen. Esta niña es imparable.

Aunque no es fácil, la casa poco a poco va quedando en silencio.

Bajo las sábanas, Lucía y Estrella hablan sobre la fiesta de mañana. Estrella está deseando que llegue la hora del baile. Su padre y su abuelo van a tocar juntos. Para ella no hay mejores guitarristas en el mundo. Lucía conoce la pasión de su hermana por la guitarra, así que la escucha atentamente y comparte con ella el nerviosismo. Y así, intercambiando impresiones sobre la gran jornada que les espera, les atrapa el sueño.

Al día siguiente la casa es una locura. María y Alba tienen el cuarto patas arriba y lo han transformado en un salón de peluquería y maquillaje.

—Estrellita, ven aquí, que vamos a peinar-te. ¿Y querrás un poquito de pintalabios, no?

—Qué pesadas sois. Pero de prisa, que quiero irme con papá.

Estrella se pone su vestido y corre al estudio. Sabe que Miguel está allí encerrado, aislado del jaleo. Y ella prefiere escuchar un buen fandango a estar liada entre rímel y laca.

Cuando las mujeres de la casa ya están listas, avisan a Miguel y a Estrella y salen todos juntos para la celebración.

La boda está siendo lo que se espera de ella, todo un acontecimiento familiar lleno de brillo, comida, bebida, cante y baile.

Ya está bien entrada la noche cuando Miguel Peña y su padre Joaquín cogen sus guitarras. En ese momento todos los invitados se acomodan en las sillas, dispuestos a dar un respiro al éxtasis festivo para recrearse con el talento de estas dos grandes figuras.

Estrella está en primera fila con su madre.

Se arrancan con unos solos que improvisan a modo de conversación. Uno pregunta y el otro responde, hilando frases musicales que hablan del tiempo y los orígenes de un arte que traspasa fronteras. Melodías elaboradas con sentimientos que salen del alma y se materializan en notas tañidas con habilidad de orfebre. Una comunicación precisa que es el resultado de años de trabajo y admiración.

Para Estrella, ver y escuchar a su padre y a su abuelo juntos en ese ir y venir de cuerdas que cantan un único lenguaje, es pura magia.

Después pasan a una soleá, que canta el tío Paco. Y tras ella, una pajarona que sale por boca del primo José “el mulo”. La fiesta se va animando y poco a poco más familiares se unen al

espectáculo, hasta culminar con la alegría y el desenfado que ofrece un tanguillo de Cádiz, que canta Candela y arranca a casi todos de sus asientos.

Un par de horas más tarde, tantas emociones tienen a Estrella rendida en una silla. Miguel, que también está cansado, la coge en brazos para llevársela a casa.

El abuelo los ve y se acerca a darle un beso para despedirla.

—Ay, mi niña chica. La más alegre del mundo. ¿Ya no bailas más? Qué arte tienes. ¡Eso es llevar el ritmo! Te voy a tener que contratar como bailarina principal —dice acariciándole el pelo.

Estrella se despereza.

—No, abu, bailarina no. Yo lo que quiero es tocar la guitarra, como papá y como tú. ¿Me llevarás de gira?

Aquello es inesperado. Joaquín, que mueve la cabeza de un lado para otro. Miguel no dice nada a la espera de que su padre responda.

—Ay, Estrellita, pues no sabes tú bien el trabajo que te espera —dice Joaquín dándole con el dedo unos toquecitos en la nariz—. Y a ti, hijo, que tendrás que enseñarla, no te digo nada —dice con una sonrisa y poniéndole la mano sobre el hombro.

Miguel se emociona al escuchar a su padre. Se miran sin decir nada más y se lleva a Estrella a casa. Qué giros tiene la vida. Pensaba que no iba a poder compartir aquello que tanto ama y la posibilidad y la bendición aparecen en forma de regalo al mismo tiempo.

La casa no despierta hasta el mediodía. Estrella se levanta y se encuentra a su padre en la cocina.

—Buenos días, Estrella. Habrás descansado bien, ¿eh? ¡Vaya horas!

Estrella se frota los ojos y corre a sentarse en la rodillas de su padre.

—¿Tú te acuerdas de lo que le dijiste anoche al abuelo?

—Claro que sí. Que quiero ser guitarrista —contesta Estrella con aplomo.

—¿Tú sabes la de horas que vas a tener que echar para hacerlo bien?

—Pues la echo.

Miguel se ríe. Sabe lo terca que es su hija y sabe que si dice que lo va a hacer, lo hace.

—Pues entonces habrá que ponerse ya, ¿no?

—¡Síííí! ¡Vamos al estudio! Así te enseñó cómo tocó una rumba que he aprendido yo sola.

—¿Tú sola? ¡Con mi guitarra vieja! ¡Seguro! Ya decía yo que estaba desafinada. ¡Y un golpecito también le has hecho! .Como no cuides el instrumento, no hay clases —le reprende —¿Y cuándo has aprendido tú a tocar esa rumba, si puede saberse?

Estrella intenta esconder una sonrisa traviesa.

—Por las tardes, cuando mamá se echa la siesta y María y Alba se van al baile, me meto en el estudio. Así nadie se entera. Bueno, Lucía lo sabe. Pero no se chiva.

Miguel se enternece mientras la escucha. Le coge de la mano y se van al estudio. Está deseando ofrecerle a su hija todo aquello que su padre compartió con él.